

La memoria en tiempos del silencio*

Margaret Van Epp Christian

La panadería más cercana a la casa de Paula estaba justo al lado de un nogal, donde se amontonaban los cuerpos de los fusilados, mientras esperaban para llevarlos al cementerio. Los llevaban en una parihuela, que también se guardaba debajo del árbol. Paula entraba en la panadería, evitando cuidadosamente mirar hacia el nogal. Pero un día, una vez dentro, vio al panadero, la cabeza entre las manos, lamentándose “¿No lo has visto?” y al salir, ella miró. “¡Ay!”.

Aquella noche, el nogal se cayó encima de la parihuela. Había sido una noche sin viento, una noche sin tormenta, una noche tranquila. Tampoco estaba podrido el árbol, y sin embargo, se había arrancado de raíz. Por la mañana, allí lo encontraron los del pueblo, las raíces al aire, caído encima de la parihuela.

Nadie quiso tocarlo, pero se nombraron a dedo a tres hombres para cortarlo con una sierra. El primer hombre que lo tocó se cayó muerto al instante.

Con eso, los vecinos del pueblo se negaron a tocar el árbol, y allí se quedó, encima de la parihuela, hasta que, pasado un tiempo, trajeron unos hombres de otro pueblo para quitarlo. Lo cortaron para leña y se lo llevaron.

“Es que el árbol había visto demasiado” decía Paula, cubriéndose la cara y meciéndose lentamente, cada vez que me contaba la historia.

Con la familiaridad del tiempo, las narraciones que Juan y Paula contaban sobre la época de la Guerra Civil me parecían como aquel árbol –historias de unas personas que habían visto demasiado–. A menudo se contaban dentro de contextos incongruentes, terminando con el narrador meneando la cabeza, diciendo, “*¡Una guerra civil es lo último! ¡Es lo último! ¡Espero no que no viva para ver otra! ¡Prefiero morir antes que ver otra como ésa!*”.

Durante unos trece años, cultivé la amistad de un matrimonio de Galaroza, vecinos de una huerta que tenía en el Tortero. Pasamos mucho tiempo juntos, cuando yo venía de Sevilla a la huerta, y con el tiempo, llegamos a tener una profunda amistad, basada en largas conversaciones, o en la puerta del monte de su finca, o delante de la chimenea los meses del frío. Juan nació en 1903 y su mujer Paula, en 1906. Vivieron la guerra igual que muchos de sus vecinos que habían disfrutado del tiempo de la República pero que no eran políticos y no lucharon. Sus vivencias de aquellos años les marcaron la vida, y no tuvimos prácticamente ninguna conversación que en algún momento no terciara hacia el tema de la guerra. Yo fui de las primeras personas a quienes ellos compartieron sus vivencias, vivencias que no contaron ni siquiera a sus hijos en los años de la Dictadura. Luego, tanto mi tesis doctoral (1994 de la

* La presente ponencia fue leída por su autora en las IV Jornadas sobre Memoria Histórica de Alájar, organizada por la Asociación Arias Montano, el 8 de agosto de 2015.

Universidad de Michigan) como el libro fruto de ella, *Si yo te dijera*, publicado en 1998 por Fundación Machado, fueron estudios de mis conversaciones con ellos.

“Una guerra... ¡Una guerra es lo último! ¡Una guerra es lo último! ¡No quisiera vivir a ver otra! ¡Preferiría morir antes de ver otra!” dijo Juan muchas veces. *“Rencores... ¡todo uno! ¡Que no es por nada! Fíjese usted que... le mate usted a su padre... o a un hermano. Los que queden... ¿a ver? ¡Como hienas! Así que... Una guerra... ¡Una guerra es lo último! Una guerra es lo último, vamos! Ya le digo, yo no quiero conocer otra, prefiero la muerte antes, vamos. Porque hay que ver lo que es, lo que se pasa... y luego después de lo que se pasa... ¡el miedo, la temeridad!... Siempre asustado, siempre inquieto. Pfff... ea... Cuando aquella mañana nos levantábamos, ¡ay! “Pues hoy han caído, esta noche han caído cinco.” A la otra noche, nos levantábamos. “Pues esta noche, cuatro...” Cayeron una vez en el Valdelarco, once. Y todas... las fusilaron allí, frente al cementerio, unos eucaliptos que habían, allí los, los... las fusilaban. Y ya que obligaban a los mismos del pueblo a fusilar a los del pueblo. No fusilaban los jefes, sino mandaban a fusilarlos.*

“Y que había uno... por eso digo yo... que... yo no creo en los curas, porque es todo lo que traen es una fábula, toda es una mentira, todo un cuento. Pero... que hay una mano poderosa, sí. Que al mundo lo está mandando y lo está dirigiendo. Había uno allí en el pueblo que... trajeron a un primo hermano... del Valdelarco. Y él se brindó a matarlo... Un primo hermano de él. El se brindó a matarlo. Porque mandaron a uno, y dice, “Coño, me ha... me ha tocado a mí fusilar a los que vienen de Valdelarco”. Y dice, “Pues, coño, si tú quieres, yo me... yo voy y tú te quedas en casa”. “Coño, pues díselo a los jefes.” El se lo dijo a los jefes y le dijeron que sí. Y él ha... ¡fusiló a un primo hermano! Pero como luego ahora ha muerto... con un cáncer en la garganta... ¡es un castigo que Dios le mandó por la cosa mala que había hecho con su primo! Porque ese primo no le había hecho a él nada, ni a él le había ofendido en nada, ni mucho menos. Sino que era malo, tenía malos sentimientos, y Dios le dio... ummm... fuerza para tener... para poder hacer una cosa de éstas, que yo que yo, ¡se me cae el fusil al suelo, vamos!... A mi sangre misma, ¡fusilarla! Y eso... Y esas cosas había muchas... ¡muchas! ¡muchas! ¡muchas! ¡Ufff!... ¡Infinidad de ellas!”

Algunas de las historias me las contaron una y otra vez, como la entrada de las tropas en Galaroza, con la primera víctima, un joven disminuido mental que fue asesinado por la espalda, o la metrallera puesta por encima de la plaza, acribillando a los que huían por los montes, o la muerte del amado alcalde republicano, Luis Navarro. Juan, un tenor de muy buena voz, había participado antes de la guerra en el orfeón de Galaroza desde sus años mozos, y el futuro alcalde, dueño del Hotel Venecia, un hombre que Juan describe como de infinita gracia y talento, fue a quien acudían para que les escribiera las coplas para las murgas que cantaban. Luis Navarro eligió no huir con otros alcaldes de la sierra que se fueron a Portugal. Cuando se lo propusieron al saber que llegaban las tropas de Redondo, dijo que nunca había ofendido a nadie y que no tenía por qué irse. Pero nada más llegar, las tropas fueron expresamente a buscarlo y le llevaron a Fuenteheridos, al principio del camino a Valdelarco, donde le torturaron y asesinaron.

“Aquí hicieron horrores. Aquí hicieron horrores, vamos. Aquí mataron allá cerca de... cerca de noventa hombres. Mataron a un hijo y un padre con los brazos amarrados. El padre con el hijo, amarrado —con un alambre en los brazos— los dos amarrados. Los fusilaron (silencio). Allí hicieron... iuffff...!”

Hubo un momento de silencio, antes de que Juan pudiera continuar. *“Y luego estaba usted en el campo... y...”*

Otro silencio largo.

“... A mí me encañonaron unas pocas de veces. Teníamos que salirnos con un fajín... en el brazo puesto y... con... ¡mucho miedo, mucho! Me acuerdo una vez, estaba yo regando estaba yo, y oigo un tropel por el camino... ¡¡los falangistas!!

“¡Eh, eh! ¡Alto, alto!” cuatro falangistas... Me tuvieron encañonado más de media hora. Yo decía para mí, no veas, pues ya voy, ya... ¡a cenar con Cristo! Pero vaya. Luego después, vinieron, “Y usted ¿qué hace aquí, hombre?” “Mire usted, esto, yo venía a la propiedad ésta y estoy regando.” Y es que me había quitado la chaqueta y había colgado la chaqueta en un perero, natural, no vieron el brazalete, y tuve que achicarme un palmo. Oh, ¡qué miedo, qué temeridad y qué cosa más mala que tenía, uff, una cosa mala, vamos”

Una guerra no termina con la rendición de un ejército. Esto, que sería verdad en cualquier guerra, fue aun más complicado en el caso de la guerra civil española, con los largos años de represión por parte de los vencedores. Los largos años de la victoria, no de la paz. El silencio impuesto por las condiciones sociales y políticas de la posguerra española marcó a las personas que sufrieron la guerra, impidiendo muchas veces que superaran los traumas de la guerra y sus secuelas. Tuvieron que callar sus vivencias, sus tragedias y sufrimientos, intentar olvidar, dejar atrás algo que, en su misma ausencia, llegaba a definir sus vidas. El silencio agravó el trauma, impidiendo que se cicatrizaran heridas emocionales, creando a veces situaciones familiares que legaban estas mismas secuelas a la generación siguiente, dejando para ella la labor de cerciorarlas. Al impedir que llegaran a conocer bien la historia de sus propios padres, les dejó a los hijos, que no conocieron la guerra, con pocas armas para entender situaciones que tuvieron que soportar en sus familias. Como dice Daniel en la novela *La sombra del viento*, de Carlos Ruiz Zafón, *“Una de las trampas de la infancia es que no hace falta comprender algo para sentirlo. Para cuando la razón es capaz de entender lo sucedido, las heridas en el corazón ya son demasiado profundas”* (45).

En *Memoria histórica e identidad cultural. De la posguerra a la posmodernidad*, José F. Colmeiro dice que las consecuencias de la guerra civil marcan una línea divisoria en la historia. Una línea divisoria que es también entre vencedores y vencidos, *“y constituye la causa primera del gran trauma nacional, de la que tanto ganadores como vencidos serán perdedores, aunque no de la misma manera.”* (Colmeiro, 43). Titula el segundo apartado de su libro, *“El reinado del elipsis. La memoria en tiempos del silencio.”*

Esta memoria en tiempos del silencio tiende a fermentar en la oscuridad del olvido. Lo que no se saca a la luz, se pudre dentro del ser humano, saliendo en formas indeseadas y muchas veces, indeseables. Lo mismo pasa con la sociedad. Al no sacar a la luz su historia,

largamente reprimida y escondida, no permite a la sociedad sanar y progresar de forma conjunta.

Dentro de muchas familias, se llegó a vivir historias difíciles, tristes, que no se entendían por faltar el hilo conductor de la experiencia traumática de la guerra. Cuando se espera demasiado tiempo, o cuando nunca se llega a aclarar las vivencias de los padres, deja mucho trabajo a los hijos, que encuentran, para dar sentido a situaciones familiares que han vivido y sufrido, que tienen a la fuerza que reconstruir y comprender las vivencias de los padres. Sin embargo, el camino de la comprensión es un camino no sólo liberador sino transformador. Digo transformador por la experiencia que he tenido de escuchar a una serie de personas, “hijos de la ira” como podría decir Dámaso Alonso, que, con sus historias, me han regalado una apreciación mayor por lo que es el camino de la vida. Un camino hacia la comprensión ajena, la compasión, y el amor.

Sobre el año 2000, durante una época en que yo estaba viviendo en Estados Unidos, pasé el verano, como siempre, en esta sierra. En El Cabezuelo, una amiga me contó una anécdota divertida sobre sí misma y su familia. Por lo visto, en la casa de su abuelo, falangista empedernido, colgaba un retrato de Hitler sobre la chimenea. No se comentaba, simplemente estaba allí, a la vista de una niña pequeña capaz de formular sus propias ideas. Al llegar a la edad escolar, un año ella encontró el mismo retrato en su libro de historia, y, sorprendida, exclamó a su compañero de clase sentado a su lado, *“¿Qué hace mi tío abuelo aquí en este libro?”*.

Sus historias no terminaban allí. También, ese mismo abuelo, falangista convencido, tenía como su mejor amigo desde la infancia a un anarquista. Durante la guerra civil, tuvieron más que una vez que salvarse la vida el uno al otro, el otro al uno, devolviendo el favor, una y otra vez. Después de la guerra, el amigo anarquista fue contrabandista en la sierra de Cádiz, y la familia, junto con el abuelo, le visitaba a menudo. No perdieron la amistad nunca, el uno, falangista, el otro, anarquista.

Me sorprendieron estas historias, porque parecía que había un cambio de enfoque, una especie de encuentro o puente, diferente de lo que había encontrado en historias escuchadas durante los años setenta y los ochenta y e incluso los noventa. Pensé que se podría estudiar estas historias, e ideé un libro, que se llamaría “De segunda mano”, y sería la transcripción y estudio de las grabaciones que pensaba hacer de estas narraciones, y otras por el estilo. Mis informantes serían los hijos o nietos de la generación que vivió la guerra civil española. Y esperaba encontrar a otras personas dispuestas a compartir sus historias conmigo.

Pero el tiempo había cambiado, me parecía. Las historias nuevas me sorprendieron por su tenor desenfadado, y me parecía que los años de la democracia habían abierto puertas y ventanas a una brisa refrescante y tranquila, aireando y dejando limpio aquella época.

Y así, pido y me es concedido medio año para realizar este trabajo, además de otro medio año de intercambio de profesores. Y llego a España en el verano del 2004, dispuesta a comenzar a grabar historias. Durante aquel verano, estando en casa de una amiga íntima mía de toda la vida, empezó mi primera toma de conciencia sobre el error de mi forma de

imaginar las cosas. Para gran sorpresa mía, ella me contó que su padre había sido preso y torturado en una checa durante la guerra. Y después de la guerra, trabajó en la frontera con Francia, en los Pirineos, donde esta vez él fue el torturador. Cuando pedí que me dejara grabarla, me dijo que no, que ella no tenía aquello en absoluto ni tranquilo ni asimilado, que le había afectado a toda su vida, y que no, que esto le iba a remover demasiado las cosas. Y fue con angustia y rabia, con dolor y con furia, que me contó, para mí como amiga, la historia de su padre y la larga cola de secuelas que conllevara su terrible experiencia.

Fue el comienzo, realmente, de mi toma de conciencia de cómo se vive la guerra civil española ahora, aquí en España. Mi segunda sorpresa ocurrió al conocer a un falangista en una fiesta en casa de la dueña del piso que yo tenía alquilado en Madrid. Él me contó que su padre había sido amigo de Buñuel y Lorca, porque vivió en la Residencia de Estudiantes en Madrid con ellos. Durante la guerra, puesto que fue de derechas y se encontraba en Madrid, tuvo que estar escondido, y fue parte de la llamada “quinta columna”, trabajando para salvar la vida a varios de sus amigos de derechas. Después de la guerra, hizo lo mismo con amigos de izquierdas. Hasta aquí, me coincidía con la idea que tenía para mi libro, y le pedí permiso para grabarlo. Me invitó a visitarlo el día siguiente, y fui.

Nada salió como tenía previsto. Más que contarme cosas oídas de su padre, se limitaba a despotricar contra la apertura de las fosas comunes. *“Porque ahora, están desenterrando los muertos de la guerra civil. Y a mí me está dando miedo que otra vez vuelvan aquellos tiempos de conflicto. Porque, ¡a ver! Ahora a ver ¡si otra vez tenemos a sacar a los nuestros! ¡A ver si en la calle otra vez se va a correr la sangre!”*

A pesar de su actitud, también me contó una historia que muestra la consecuencia inexorable del silencio y el daño que perpetúa. De niño, este hombre sufrió mucho por culpa de un niño extraño que fue criado en su casa. Ignacio es el mayor de varios hermanos, y el otro, un poco mayor que él, le quitó la primogenitura, y a Ignacio, le llegaba a parecer que su padre le prefería al otro niño, puesto que le prestaba una atención especial.

“Yo le odiaba,” me dijo, triste. *“Es que era un niño moroso, taciturno. No jugaba con nosotros, no quería nada con nosotros... No se hacía querer... Yo le resentía y le odiaba. Resentía la atención que recibía de mi padre, y el tiempo que pasaban juntos. Mi padre nunca me explicó que el padre del niño estaba en la cárcel, ni que fuera su amigo. Yo no sabía por qué ese niño había llegado a vivir con mi familia”*.

Me mostró una foto en que se veía un adolescente, sonriendo, con un hombre bastante joven, en un patio. El hombre tenía el brazo por los hombros del adolescente. “Este es él, con su padre, en una de las visitas a la cárcel. Están en el patio de la cárcel, donde podían recibir visitas. Cuando vi esta foto por primera vez, que fue cuando ya era adulto, me quedé de piedra. ¿Ves esa cara de alegría? ¡Yo nunca le había visto sonreír! ¡Ni una vez! Ver esta foto fue la primera vez que le vi con una sonrisa. Fue la primera vez que me di cuenta de lo que le pasaba”.

“Fue la primera vez que me di cuenta de lo que le pasaba”. Esa fue la primera historia que me contaron que tenía como tema latente el daño que hace el silencio y el encubrimiento. Y la liberación y relajamiento que trae la comprensión.

Estoy en la cocina, fregando. Acabo de terminar, y con la bayeta, limpio las encimeras. Y como siempre, mi madre vuelve a acompañarme, diciendo, “*No te olvides... hay que limpiar hasta la pared. Hay que llegar hasta el fondo. No te quedes simplemente delante de los frascos de harina y azúcar. Hay que limpiar detrás, debajo de ellos. Hasta el fondo. Hasta la pared*”. Mi madre murió en 1973, pero siempre me acompaña en la cocina.

Sacar a luz las historias calladas forma parte del acto de limpiar a fondo lo que durante muchos años no se ha tocado. En ningún caso es una primera pasada de la bayeta. Las personas que me contaron las historias de sus familias durante y después de la guerra civil española ya las habían trabajado mucho, para llegar a una comprensión, a un respeto, a un amor. Habían convertido la paja en oro, como en el cuento de hadas. Comparten conmigo la historia de su camino particular, desde la incomprensión y el dolor, hasta la comprensión y la compasión.

Estas historias cruzan las líneas. No son historias sólo de un lado u otro del conflicto. Sin embargo, lo que tienen en común es la necesidad –la imposición– del silencio, que imposibilitó durante mucho tiempo el trabajo de curar y sanar. El silencio no permitió que se limpiaran y sanearan las heridas para que pudieran cicatrizar. No había manera de pasar la bayeta. Esta situación trajo unas secuelas que pesaron mucho en la generación siguiente –en los hijos de los que vivieron la guerra civil española– y en algunos casos, en los nietos también.

En el proceso de realizar la primera fase de este trabajo, que es, definir a los informantes y escuchar y grabar sus historias, llegué a escuchar a muchas personas que no estuvieron dispuestas a trabajar conmigo; que no quisieron dejarme grabar sus historias, y sin embargo, me las contaron. Entre ellas, había las que no conseguían todavía superar el dolor y la rabia de lo que habían vivido. Para ellas, la herida seguía abierta y supurando. Les costaba demasiado quitar la venda; no querían ver y hurgarse en la herida ya tan putrefacta. No podían.

Les comprendo. Es así. Hay cosas que nos superan, y tenemos que dejarlas allí, hasta tener la fuerza necesaria para examinar y curarlas. Nadie tiene derecho de pasar juicio sobre nuestros procesos. Desde fuera, no se ve todo lo que llevamos por dentro. Ya llegará el momento, el camino, la pista necesaria –la clave– que nos ayuda a emprender el difícil trabajo de excavación de nuestras fosas comunes, donde se apilaron, uno encima del otro, los cadáveres de los horrores de nuestros sueños rotos de la niñez y juventud.

Este proceso se está realizando ahora a nivel nacional. Por todo el país, grupos sobre todo de jóvenes, voluntarios casi todos ellos, con estudiantes y profesores de arqueología, antropología, e historia, acuden para ayudar a los familiares que piden que se les abran las fosas comunes donde se encuentran los restos de sus seres queridos. En este proceso, salen a la luz y al aire historias silenciadas durante más de setenta años.

Las fosas comunes

Es el año 2005. Acabo de regresar de Palomares, donde la Asociación para la Recuperación de la Memoria y Justicia está abriendo la fosa común dentro del cementerio, donde están enterrados los cinco de la Riuela. Fui con invitación del antropólogo, Ángel del Río, y me acompañó en el autobús Gonzalo Acosta Bono.

La excavación se realiza en el mismo cementerio, donde, en 1936, cinco vecinos de Puebla del Río fueron enterrados, de noche, por un enterrador, conocido por el nombre de “El Demonio”. Le obligaron a enterrar estas víctimas, que ya llevaban varios días después de muerto a la intemperie, y estaban en avanzado estado de descomposición. La fosa se abrió al lado de la pared del campo santo. Al crecer, el cementerio había incorporado esta tierra dentro de sus muros, y se han enterrado encima restos de difuntos sacados de los nichos y tirados a la fosa común, niños pequeños, y algún que otro ataúd, lo cual dificulta la labor de los voluntarios que están realizando la tarea.

En el autobús, me explicó Gonzalo que las exhumaciones se están realizando a partir de la apertura de la fosa de León, en 2000 o 2001. Parece ser que al final de los 70, se abrieron algunas fosas, cundiendo un interés y una voluntad de trabajo que se quedó truncado en el año 1983, con la llegada de los socialistas, y la política de la amnistía y la amnesia. La Ley de la Amnistía (1977) exculpa a la derecha de su responsabilidad durante la Guerra Civil Española. Era el momento, decían, de dejar atrás el pasado y de disfrutar de la construcción de una sociedad democrática, ganando el apoyo de todos los españoles al ser en su propio beneficio.

Sin embargo, aunque muchos piensan ahora que fue un error defender esa política entonces, lo cierto es que en aquellos años 80, seguía imperando el silencio y el miedo. Cuarenta años de silencio habían impuesto una dinámica difícil de romper. Luego, con el fallido golpe de estado por parte del Coronel Tejero en 1981, y antes la matanza de Atocha, se convenció la izquierda que seguía el peligro y que había que ir con mucho cuidado hacia la democracia sin antagonizar a la derecha. Tuvieron que pasar casi dos décadas, para que los nietos de los que vivieron la guerra —no ya los hijos, productos ellos de la dictadura, sino los nietos, hijos de la democracia— empezaran a exigir a sus familias que les contaran lo que pasó.

En el cementerio, al lado de la fosa en que se estaba trabajando, había un hombre mayor, hijo de uno de los fusilados y enterrados allí. Nos contó que tenía más de 30 años cuando su madre por fin le contó lo que había pasado a su padre. Por miedo a las represalias, a cualquiera indiscreción de un niño o cualquier deseo de venganza que pudiera tener, su madre nunca le había contado la muerte de su padre. El hombre, lágrimas en los ojos, nos repetía, *“Si mi madre estuviera aquí hoy, idormiría aquí en esta tumba junto a estos huesos! ¡Dormiría aquí mismo!”*.

Historias que tienen que ver con el tema

Toñi, que vivió su niñez con un padre que tenía ataques nerviosos. Cuando ocurrieron, los mayores rápidamente quitaban a los niños de en medio, y encerraban al padre en su

dormitorio. Detrás de las puertas cerradas, se oían los gritos, los golpes. Me contó Toñi que al llegar a la edad de ocho años, fue a su madre y le exigió que le contara lo que pasaba a su padre. “*Yo ya tengo edad para entenderlo todo*” le dijo, y en ese momento ella se sentía capaz de oír cualquier cosa. Sentía que podía soportar lo que fuera.

Concha Morón desde niña había escuchado en su familia que su abuelo, muerto por ser masón, fue amigo del último presidente interino de la República, Diego Martínez Barrio. Sin embargo, el educarse entre las monjas, el oír por todos lados repetir la historia triunfalista del franquismo, y vivir la pobreza y penuria de su familia en las circunstancias de los años cincuenta, le hizo pensar que todo fuera una trola. “*¿Cómo podría ser tan importante si no había más que un huevo para comer en toda la casa?*”.

No sólo había perdido la vida su abuelo. Su tío también fue ajusticiado. Cuando le mataron al tío de Concha, encarcelado en Huelva desde el comienzo de la sublevación, su madre (la abuela de Concha) estaba de viaje para atender a otra hija que se encontraba de parto. La madre de Concha tenía doce años. Fue la hija que quedó en casa en Huelva para llevar la comida a la cárcel para su hermano mayor mientras la madre estuviera fuera. Se enteró de que le iban a ejecutar al hermano el día siguiente. Tuvo que irse de casa en casa de los amigos y conocidos de derechas influyentes, tratando de conseguir un aval para impedir la ejecución, pero cuando por fin lo consiguió, fue tarde. Le dieron permiso para ir al cementerio para llevar el cuerpo de su hermano.

Cuando llegó al cementerio, ya habían enterrado a los fusilados en una fosa común. Mostró su aval, y le ayudaron, cavando y descubriendo las caras de los cadáveres que descansaban ya en la fosa común. Uno por uno, iban sacando los cuerpos deshechos y sangrientos, la niña mirando, hasta que, en un raptó de hastío, los que le estaban ayudando le dijeron, “*Ya está*”. Y cerraron la fosa, sin haber llegado a descubrir al hermano.

No fue hasta que Concha leyera el libro de Francisco Espinosa, *La Guerra Civil en Huelva*, y encontrara allí los datos de la historia de su abuelo y su tío que comenzó a comprender el origen del dolor que había marcado a su familia y su niñez y juventud, con graves consecuencias.

Para mi gran sorpresa, varias de mis amigas tenían historias fuertes que de jóvenes no conocían. Una, de Madrid, me dijo que en su juventud ella y sus hermanos estaban convencidos de que sus padres eran franquistas. Si hablaban de forma crítica de Franco en la mesa, el padre les mandaba callar. Ella tenía cerca de cincuenta años cuando en una visita a los padres en Madrid, encontró a su madre de pie en una tarima limpiando la ventana de la cocina y cantando, “*A las barricadas, a las barricadas...*”. Y entonces supo que por parte de padre la familia era comunista, y de madre, anarquista. Los padres, niños pequeños durante la guerra, habían tenido que callar frente a sus propios hijos para proteger otros miembros de la familia, tíos en Comisiones Obreras o en la clandestinidad.

Más tarde, en otra visita, ella, sentada en el salón viendo en la tele junto al padre un programa sobre El Valle de los Caídos, y las diferentes propuestas para el mausoleo, vio como su padre comenzó a sollozar. Con la mano extendida apuntando al televisor, espetó, “*¡No deben tocar ni una piedra de este monumento! ¡Porque la sangre de mi padre está sobre*

esas piedras! ¡La sangre de los esclavos de Franco!". Y así fue como aprendió ella que su abuelo estuvo preso construyendo el Valle de Los Caídos. Me contó que fue la primera vez que oyó nombrar a su abuelo.

"Yo sí que tengo una historia que contar; la de mi padre; que estuvo en las checas de Madrid. Y tengo documentos..." me dijo una conocida, primavera de 2005. Unos días después, vino sigilosamente a mi casa en la calle San Luis, temerosa de ser vista por alguien conocido. *"No quiero que sepan que vengo a verte!"* me explicó. *"Quiero decir que no quiero que lo sepan los vecinos, ni mi marido, ni mi hermana, que vive al lado de mi casa..."*.

"Ha habido siempre en mi familia... quizás también... ese dolor de no poder compartir con tus padres... lo que sufrieron. Y, bueno, y que ahora con cincuenta años, y no sé realmente lo que les pasó... no lo sé realmente lo que les pasó. No lo sé. No lo sé".

Lo que había aprendido le servía para dejar de aborrecer a un padre alcohólico y llegar a quererlo y admirarlo, comprendiendo en parte lo que había sufrido, casi cuarenta años después de su muerte. Y sin embargo, los detalles que le faltaban no podían rastrear por temor a la reacción dentro de su familia, que seguía con el silencio impuesto. Estos detalles ahora le pesan, y quisiera saber más para comprender mejor, para compartir a través de un conocimiento de su historia lo que ellos habían sufrido.

La memoria histórica abarca mucho más de lo que se puede resolver, y sobre todo lo que se puede resolver si siguen operando miedos y tabúes de una época anterior, caducos y negativos para el progreso de la sociedad. Igual que la persona individual con sus traumas, conviene que se puedan compartir y airear para que se disminuyan, aun a sabiendas que hay cosas que nunca se borran. Pero para seguir adelante, hay que hacer este proceso de aceptación, comprensión y compasión, como sociedad igual que a nivel individual con nuestras historias particulares.

Castaño del Robledo, verano de 2015